

Separáronse. Braulio desapareció entre los accidentes del terreno. Pepa siguió hácia la aldea, á donde llegó veinte minutos despues.

María estaba sola.

¿Qué sería de la infeliz?

— Soy de tu opinion. Me parece que esta es la ocasion mas oportuna. — Pues manos á la obra, porque todo se perderá si perde mos un solo dia. — Se verán satisfechos tus deseos antes de que se ponga el sol.

— Si pudieras comprender. — Guarda para otro dia la pintura de la pasion de...

— Mi venganza, mi venganza. — Algo mas. — Tepa. — Dígama que no trase el tiempo que es ya. — Y sabes que te espero. — No lo olvido.

— Está preparado Manuel. — Si. — Pues hasta luego. — Voy á darte una noticia de que voy á ir.

B. N. A. V. A. U. N. I. V. E. R. S. I. T. A. D. E. S. A. N. T. I. A. G. O.

— Pero no la conoces. — Nunca la he visto. — No sé á quien pueda ser. — Es hija de mis señores era imposible hablarle, pero tanto se empeña, que si á fin he tenido que ceder. — Reflexión María, si es que reflexionar le era posible en su trastorno. — ¿Quién podía ser aquella mujer de aspecto distinguido y desconocida en la aldea? — Y por que tanto empeño en entrar precisamente cuando era tan agitada la situacion? — ¿No podía esto tener relacion con el rapto del niño? — He ahí lo primero que se le ocurrió á María. — Nada podría por eso, á la persona que se le había ido á hablar, y después que la hicieron entrar en otra habitacion donde ella fue inmediatamente.

CAPITULO XIV.

MARIA CAE EN EL LAZO.

Don Gaspar se había dormido sin apercibirse de la salida de Andrés.

María continuaba en el mismo estado de febril exaltacion que ya la hemos visto.

Movíase sin cesar, yendo y viniendo de un lado para otro y sin darse apenas cuenta de lo hacia.

Su rostro estaba violentamente contraído, desfigurado y cubierto de nerviosa palidez.

Era cada vez mas profundo su trastorno. En aquellos momentos podia cometer toda clase de locuras.

Un criado se le presentó diciéndole:

— Ha venido una mujer, una señora que se empeña en entrar, asegurando que tiene que tratar con usted de un asunto interesante y ademas urgente.

— Una señoral replicó sorprendida la jóven. — Así parece.

—¿Pero no la conoces?

—Nunca la he visto.

—No adivino quién pueda ser.

—La dije que á mis señores era imposible hablarles, pero tanto se empeña, que al fin he tenido que ceder.

Reflexionó María, si es que reflexionar le era posible en su trastorno.

¿Quién podía ser aquella mujer de aspecto distinguido y desconocida en la aldea?

¿Y por qué tanto empeño en entrar precisamente cuando era tan angustiosa la situación?

¿No podía esto tener relacion con el rapto del niño?

Hé ahí lo primero que se le ocurrió á María.

Nada perdía por escuchar á la persona que solicitaba hablarle, y dispuso que la hiciesen entrar en otra habitacion, adonde ella fué inmediatamente.

No hay que decir que la señora desconocida era Pepa.

Ocultábase esta con su negro abrigo, no dejando descubierta mas que una pequeña parte de su rostro.

Al ver á María, dejó caer sobre su espalda la capucha, y dijo:

—¿Me conoce usted?

La esposa de Andrés dejó escapar un grito de sorpresa.

No habia olvidado á la bellissima rubia, ni era posible que la olvidase.

¿Con qué fin se presentaba entonces aquella mujer?

Tambien se habia presentado en la cruz de la ermita y en otra ocasion solemne cuando iba á decidirse la suerte de María y del noble y desgraciado Andrés.

Para satisfacer su venganza habia hecho Pepa un gran beneficio poniendo en claro un misterio horrible, trastornando los planes del miserable hipócrita.

Este era el autor del rapto del niño, lo mismo que habia sido el autor de las otras intrigas que dieron lugar á que fuese acusado Andrés.

Por mala que fuese Pepa, representaba para María el noble papel de ángel salvador, y si los móviles de sus acciones eran ruines, el resultado habia sido el mejor para las victimas del criminal hipócrita.

Debía suponerse que otra vez Pepa iba á llevar la felicidad á María, y por consiguiente, esta debia escuchar sin desconfianza cuanto aquella le dijese.

Trascurrieron algunos minutos sin que articulasen una sílaba.

Si la esposa de Andrés estaba trastornada por el dolor, quedó doblemente aturdida por la sorpresa.

Pepa miró á su alrededor como si temiese que álguien la escuchase, y acercándose á María, le preguntó con voz agitada:

—¿Puedo hablar con descuido?

—Sí, pero.....

—¡Oh!..... ¿Es verdad que ha salido su esposo de usted?

—Es cierto, respondió maquinalmente María.

Hizo Pepa un gesto de desesperacion, y como si estuviese muy fatigada y apenas pudiese respirar, dejóse caer en una silla.

—¿Que quiere usted? ¿Qué significan sus palabras? ¿Sabe usted lo que sucede?

—Sí, lo sé todo. Su hijo de usted.....

—¡Ah!.....

- Pero su esposo, su esposo.....
- Acabe usted, dijo María con creciente impaciencia.
- Y fijó en la rubia una mirada de angustioso afán.
- Llegaremos tarde, y además las fuerzas de usted no podrán resistir.
- Tarde..... ¿Para qué?
- ¿No ha comprendido usted aún que vengo para salvar á su hijo.
- ¡Mi hijo! exclamó María arrebatadamente. ¿Dónde está el hijo de mis entrañas?..... Hable usted pronto..... ¡Mis fuerzas!..... Son las fuerzas de una madre y me sobran para todo..... ¡Oh!..... En otra ocasión me traje usted la felicidad, y ahora.....
- También.
- Desapareció usted sin que pudiera demostrarle mi gratitud.
- Yo había sido criminal, yo había sido cómplice de su ruín enemigo y no hice más que remediar mi falta.
- Todo eso está bien; pero mi hijo.....
- Es preciso acudir pronto, repuso Pepa, muy pronto, y si su esposo de usted se encontrase aquí.....
- Estoy yo, dijo enérgicamente María.
- ¿Se atrevería usted?
- ¡Que si me atrevo!..... Ya he dicho que soy madre.
- Pepa se puso en pié, acercóse á su víctima, le cogió una mano, se la oprimió fuertemente y con voz reconcentrada le dijo:
- Si tanto valor tiene usted, si se siente usted con fuerzas para todo.....
- Sí.
- Pues sígame usted.

- Vamos, repuso María sin vacilar.
- Correremos, verá usted á su hijo, que no está donde la justicia lo busca, podrá usted abrazarlo.....
- ¿No he dicho que estoy dispuesta?
- Pero nadie puede acompañarnos, porque todo se perdería.
- A nadie necesito.
- Lo salvaremos.
- Ni siquiera pensó la desdichada en pedir explicaciones.
- Le prometían llevarla donde estaba su hijo y no necesitaba más.
- Si por un minuto podía perderse todo, le parecía un crimen emplear aquel minuto en hablar.
- El trastorno de la infeliz había llegado al último punto.
- Sus ideas eran vagas y confusas.
- Parecíale que estaba soñando.
- En su lívido rostro revelábase la borrasca espantosa que agitaba su espíritu.
- Vamos, vamos, dijo.
- No pronunciaron entonces una palabra más.
- Atravesaron algunas habitaciones, y salieron de la casa con gran extrañeza de los criados.
- Cinco minutos después dejaban atrás los edificios de la aldea.
- Aprisa, aprisa, murmuró la infeliz.
- No andaban, corrían por el sendero que conocemos ya.
- Algunos aldeanos las habían visto y hacían comentarios como los hicieron al ver al desgraciado Andrés.
- ¿Quién era aquella mujer del negro ropón?
- ¿Por qué María con los cabellos en desorden y descom-

puesto el semblante habia salido de su casa y corria como si la persiguiese un enemigo?

Todo era incomprendible aquella tarde, todo era misterioso.

No podia ir la jóven en busca de Andrés, puesto que se alejaba en distinta direccion.

Empero con hacer estos y otros comentarios hubieron de contentarse los aldeanos curiosos.

Cuando las mujeres llegaron á la cruz de la ermita, apenas podian dar un paso.

Tuvieron que detenerse para recobrar el aliento.

—¡Dios mío! exclamó María con acento de súplica desgarradora.

—Aún no es tarde, dijo Pepa.

Arrodillóse la pobre madre, inclinándose y estampando un beso en la fria piedra de la cruz.

Tampoco entonces lloraba.

Sus ojos relumbraban como dos carbunclos.

Sentíase abrasada por la fiebre.

Un minuto despues se levantó diciendo:

—Ya estoy dispuesta.

Y volvieron á correr, perdiéndose entre los matorrales y las desigualdades del terreno.

Al cabo de media hora llegaron á las ruinas.

—¡Aquí! murmuró sorprendida la esposa de Andrés.

—Sí, dijo Pepa, porque en este sitio se consideraban mas seguros los criminales.

—Pero esa gente que habia en el Carrascal.....

—Todo ha sido una farsa para extraviar á la justicia.

—¡Miserables!.....

—Aquí está su hijo de usted.....

—¡Mi hijo! exclamó fuera de sí María.

Y sin aguardar un instante se lanzó por entre los montones de escombros, penetrando en una de las habitaciones.

No la siguió Pepa, sino que se detuvo, mirándola mientras decia:

—Ya he cumplido mi palabra; pero temo que Braulio nada consiga.

Se encogió de hombros, hizo un gesto de indiferencia, y añadió:

—¿Qué me importa Braulio?..... También ella está en nuestro poder, y haremos un doble negocio.

Estas palabras podian significar mucho.

Pepa corrió, alejándose de las ruinas y dirigiéndose al fondo del barranco, entre cuyas piedras y matorrales veíase el bulto de otras personas.

Iba á tener lugar una escena verdaderamente horrible.

BIBLIOTECA DE  
 V. V. V. V. V. V.  
 V. V. V. V. V. V.  
 V. V. V. V. V. V.  
 V. V. V. V. V. V.

... un momento en estado de muerte por entre los brazos  
 ... de los brazos, haciendo un gesto de desesperación  
 ... un gesto de desesperación, como si quisiera escapar  
 ... un gesto de desesperación, como si quisiera escapar  
 ... un gesto de desesperación, como si quisiera escapar

CAPITULO XV.

ALTERNATIVA.

En pié, inmóvil, y con el rostro lívido, abiertos los ojos  
 como si fuesen á escaparse de sus órbitas, dilatadas y relum-  
 brantes las pupilas y con las manos crispadas y oprimiendo  
 se el pecho, encontrábase Braulio.

La figura sombría, tétrica, siniestramente horrible del sa-  
 cristan fué lo único que vió María.

Los efectos de la sorpresa no pueden calcularse.

Creía encontrar á su hijo y encontraba á su verdugo.

La infeliz dejó escapar un grito destemplado y tambien  
 quedó inmóvil y con la mirada fija en el hipócrita como pue-  
 de fijarse en un fantasma.

Instantáneamente comprendió la verdad: le habian tendido  
 un lazo. Pepa era otra vez cómplice del miserable Braulio,  
 porque los criminales se unen siempre que les conviene.

¿Debía retroceder?

Ya era preciso arrostrar las consecuencias de aquella situación, era absolutamente preciso morir ó triunfar.

Por algunos minutos reinó un silencio pavoroso.

Braulio sentia como nunca encendido su pecho.

Parecíale que Satanás se habia introducido en su alma para abrasarlo con el soplo de su aliento emponzoñador.

Braulio era entonces capaz de todo á trueque de satisfacer sus impuros deseos.

Si le hubiesen dicho que debia morir apenas fuese dueño de María, se le habria visto sonreír y aceptar la muerte sin vacilacion.

Cuando las pasiones llegan á cierto grado, producen el completo trastorno, la locura.

Braulio era presa de un vértigo horrible, que lo arrastraba aun contra su voluntad hasta el último extremo en todos sentidos.

¿Cederia la pobre madre?

Tal vez tendria suficiente valor para resistir y ver morir á su hijo antes que ceder; pero tan terrible golpe la haria luego sucumbir, concluyendo su existencia.

La alternativa en que la colocaban no podia ser mas espantosa.

Braulio habia sido siempre repulsivo, pero en aquellos momentos lo era mucho mas.

El fuego de todas las malas pasiones escapábase en vivos destellos por sus ojos.

María respiraba con dificultad.

El ódio, el desprecio, la ira y el pavor pintábanse en su rostro, que parecia el de un cadáver.

Por fin Braulio se movió, dió un paso, acercóse á María,

y en tanto que intentaba asirla por una mano dijo con voz ronca:

—Ven.

Ella exhaló otro grito, volvió á retroceder y exclamó:

—No me toques.

Desplegó el hipócrita una sonrisa satánica, extendió un brazo, señaló hácia una ventana y dijo pausadamente:

—Por allí verás á tu hijo, contéplalo, mide tus fuerzas, y si tienes tantas como tuvo en Tarifa Guzman el Bueno, pronuncia la sentencia.

—¡Mi hijo, mi hijo! exclamó María.

Y corrió hácia la ventana.

El hipócrita se acercó á la infeliz mientras sacaba un pañuelo blanco.

Desde allí se descubria el fondo del barranco envuelto en la sombra.

—Mira aquellas piedras, aquellos espinos. ¿No ves?..... Un hombre, un verdugo y tambien tu hijo.....

—¡Andrés, hijo mío! gritó desesperadamente la pobre madre.

Braulio decia la verdad. En el barranco habia un hombre, era Manolo.

El bandido sujetaba al niño con una mano en tanto que miraba hácia las ruinas.

Sintió María que su corazón palpitaba como si se des- trozase.

Veia á su hijo.

Sufria horriblemente, y á la vez gozaba sin que hubiera podido decir si era mayor su goce que su sufrimiento.

Su voz se habia perdido en el espacio.

Nadie le contestaba, nadie acudiría en su socorro.

El criminal hipócrita, inclinándose hasta colocar sus abrasadores lábios muy cerca del rostro de su víctima, prosiguió diciendo:

—Mira atentamente, no pierdas un solo detalle, porque te interesa mucho lo que vas á ver.

Esas palabras llegaban á los oídos de María como un ruido confuso.

Sentía su rostro abrasado por el aliento de su verdugo. Hizo un esfuerzo para gritar otra vez; pero su voz se ahogó en su garganta.

En aquel instante Manolo sacó un puñal en cuya hoja reflejaron algunos rayos del sol.

El puñal se levantó sobre la cabeza de la inocente criatura.

—Ahora decide, dijo Braulio, porque tu hijo morirá apenas agite yo mi pañuelo..... Y no me supliques, porque será en vano; no me hables de las consecuencias que puede producir mi crimen, porque todo lo prefiero antes que renunciar á la satisfacción del afán que me enloquece. Mucho debes sufrir pero no te compadezco, porque yo sufrí mucho mas. Tú no sabes lo que es sentir abrasado el pecho como se abrasa el mio, y contenerse, y dominarse uno y otro dia y devorar silenciosamente uno y otro año la amargura que emponzoña el alma; tú no sabes, en fin, lo que es la desesperación, porque no has conocido mas que el dolor. Tú no sabes lo que se sufre cuando se vé en brazos de otro á la persona que ha encendido en nuestro pecho inextinguible hoguera, no lo sabes, porque si un dia creiste que Andrés te habia olvidado, no lo viste amando á otra mujer, siendo dichoso con ella como yo te veo á tí. No me amenes con la muerte, porque mil veces peor es el tormento incesante que sufro. La muerte no

es mas que un momento de agonía y no puede hacer temblar al que ha soportado la agonía un año y otro año. Si es imposible que mi corazón se mueva al escuchar tus súplicas, imposible es tambien que mi corazón aprecie el valor de mis acciones, porque estoy loco y es locura acudir á la razón del que la ha perdido.

María escuchaba sin querer escuchar.

Permanecía inmóvil y con la mirada fija en el relumbrante puñal.

Su trastorno era cada vez mas profundo.

Semejante situación era demasiado violenta y no podia prolongarse.

Para comprender lo que la desdichada sufría es preciso ser madre.

La mirada de Braulio, penetrante, ansiosa, devoradora, seguía clavada en su víctima.

Y aquella mirada de fuego tenía entonces un poder sobrenatural, una influencia satánica.

Hay escenas que no pueden pintarse, y esto sucede con la que nos ocupa.

El tiempo pasaba.

¿Tenían conciencia del tiempo aquellas dos criaturas?

No hubieran podido decir si con rapidez ó lentitud trascurrían los instantes; pero suponemos que cada minuto era por lo menos un siglo para ambos.

Sufrían, sentían mucho, sentir es vivir, y en el espacio de una hora podían envejecer como en el espacio de medio siglo.

Empero la sensibilidad se embota, y María, dándose apenas cuenta de su honrosa situación, no sabía ya si sufría, ni siquiera si sentía.

Repentinamente, y á impulsos de una sacudida nerviosa, enderezó su tallo la infeliz.

Su lívido rostro rozó el rostro descompuesto y los lábios contraídos del hipócrita.

Este dejó escapar un ronco grito y retrocedió.

Retrocedió espantado de su propia dicha, agobiado, anoadado por la inmensidad de un impuro goce.

—No lo mates, murmuró al fin María.

—¿Es esa tu resolución?

—¡Pero huye, no puedo mirarte sin horror!

—¿Aun me rechazas?

—¡Dios misericordioso!.....

—Ya te he dicho que estoy trastornado por un vértigo.

—¡Y no hay quien me socorra!.....

—No.

—Pues bien, dijo la jóven con febril energía, lucharemos, te mataré, correré adonde está mi hijo, despedazaré al miserable que le amenaza.....

—Piensa, María, que enciendes mas y mas mi furor.

—¡Miserable!.....

—Me basta mover una mano para que aquel puñal se hunda en el pecho de tu hijo.

Y al decir esto Braulio agitó el pañuelo y dió un paso hácia la ventana.

María quiso detenerle.

Las fuerzas físicas no correspondían á su voluntad.

Si ella contaba con la energía de su arrebato y de sus maternales sentimientos, el criminal tenia toda la fuerza de su excitacion nerviosa, la fuerza incontrastable de su pasion.

Era imposible una lucha.

No necesitaba Braulio hacer mas que mover la diestra agitando el pañuelo.

Quiso la pobre madre suplicar.

Dejóse caer de rodillas y cruzó las manos.

—¡Qué hermosa estás con tu dolor! exclamó el hipócrita.

—Braulio, en nombre de tu virtuosa madre, que en el cielo está.....

—¿Y mi pasion?

—En nombre de.....

—¿Y mis sufrimientos?

—Escucha.....

—¡Oh!..... Mi pecho se abrasa, la desesperacion me enloquece, y tus súplicas son un incentivo.

María se puso en pié.

—Tu amor ó la muerte de tu hijo, gritó fuera de sí Braulio.

—Jamás, respondió la jóven con energía.

Y quedó inmóvil, con la cabeza erguida y fija la mirada de profundo desden en su verdugo.

—Que morirá tu hijo.

—Que muera.

—Que tambien mi rival perderá la vida.

—Conservará el honor.

—Y contra tu obstinacion emplearé luego la violencia.

—¿Qué podrás hacer con un cadáver?..... Si mi esposo y mi hijo mueren, yo moriré, porque si el dolor no me mata, yo misma pondré término á mi existencia. Ahora te comprendo; no has exagerado al decir que hay momentos de vértigo espantoso en que la razon se anula por completo y la criatura es capaz de todo, absolutamente de todo.

—Entonces.....

GALERIA.



—Te juro que acabaré con mi vida, y cuando mi ocazón haya dejado de latir, cuando esté mi cuerpo rígido y frío.....

—Calla, calla.

—Ya lo ves, aun puedo hacerte mal, aun puedo vengarme.

Braulio lanzó un rugido.

María, con una calma verdaderamente espantosa, prosiguió diciendo:

—Sí, que muera mi hijo, que muera Andrés. Yo tambien dejaré de existir, y cuando te encuentres entre cadáveres...

—La tierra los ocultará.

—Cuando las sombras de tus víctimas se levanten ante tí.....

—¡Sombras!..... No, los que mueren no salen de la sepultura.

—Pero queda el recuerdo, y el recuerdo es un fantasma aterrador que en todas partes se nos presenta, que á todas horas nos persigue, lo mismo á la luz del sol que entre las tinieblas, lo mismo cuando estamos despiertos que cuando nos entregamos al reposo. ....

—¿Es esa la conciencia?

—Sí.

—¡Conciencial exclamó Braulio.

Y dejó escapar una carcajada de sarcasmo impío.

—No, dijo luego, yo no sé qué es la conciencia ni lo sabré jamás, porque hay criaturas de organizacion privilegiada para las que la conciencia no es mas que un nombre, una palabra que han inventado los pobres de espíritu.

—La conciencia despierta algun dia.....

—Tal vez; pero cuando la mia despierte la obligaré á dor-

mir, entregándome yo al descanso eterno. Tú me amenazas con el suicidio, y yo le amenazo lo mismo á mi conciencia.

—Pues bien.....

—Acabemos, interrumpió Braulio.

—He concluido, dijo con firmeza la jóven.

—Mira, tu hijo, el puñal.....

—Ya miro.

Otra vez la desdichada contempló á la inocente criatura.

—¡Dios omnipotente y justiciero, aceptad mi sacrificio! exclamó.

—Por última vez.....

—¡Cobardel.....

—Que tu hijo va á morir.....

—Miserable asesino, concluye tu obra.

Y con tal firmeza pronunció estas palabras María, que Braulio se convenció de que todos sus esfuerzos eran inútiles.

El miserable no vió ya mas que al niño que era un testimonio el mas elocuente de la dicha de Andrés.

Sintió el hipócrita que toda su sangre affuía á su cabeza.

No le quedaba ya mas goce que el de la venganza, y á este goce no quiso renunciar.

Extendió el brazo y agitó el pañuelo.

Vió María que el puñal relumbrió.

La desdichada exhaló un grito destemplado, grito que parecia llevarse tras sí el alma.

Sus negras pupilas dilatáronse instantáneamente.

Su cuerpo vaciló, y cayó sin conocimiento.

El crimen se habia consumado.

Ocultábanse los últimos rayos del sol.  
Empezaba á extenderse la dorada y vaporosa faja del crepúsculo.

Otro grito resonó en el fondo del barranco.

Reinó un silencio absoluto, silencioso, lúgubre y aterrador.



Y agitó el pañuelo.

Tembló el criminal.

Su mirada se fijó con avidez espantosa en María.

—Aun está bella, murmuró el miserable.

No mentía; bella estaba aún la desgraciada madre.

Esta no habia medido bien sus fuerzas, no habia previsto que podia perder el conocimiento, quedando así á merced de la pasion repugnante de su verdugo.

—¡Oh!..... Ahora nadie me podrá estorbar, y cuando ella recobre el conocimiento y pueda apreciar su situacion....

Interrumpióse el hipócrita, porque su conmocion apenas le permitia pronunciar una palabra.

Despues de algunos momentos añadió:

—Andrés encontrará á su hijo muerto, á su esposa deshonrada, y yo entretanto..... ¡Oh!..... Podré sufrir algun dia, pero mi sufrimiento estará sobradamente compensado con mis goces de hoy. Me hablaba de la conciencia..... ¡Palabra vana!..... A despecho de mi conciencia soy feliz entre sangre y horrores, soy feliz, porque mi pasion va á verse satisfecha, y mi felicidad no puede compararse á la de ninguna criatura. ¡Ah!..... Bien puede sufrirse toda la vida por una sola hora de esta dicha, de estos goces.

Acercóse Braulio á la ventana y miró al fondo del barranco.

Nada vió, porque allí se habian extendido ya las tinieblas.

—Debo aprovechar estos momentos, dijo, porque pronto deben llegar mis cómplices y María puede recobrar el sentido, y si vuelve en sí cumplirá su propósito y se matará.

La muerte era la única salvacion de María, la muerte era tambien su sola y su mas risueña esperanza, su felicidad única.

¡Esperanza horrible, felicidad espantosa!

Si Dios queria proteger á la infeliz, le devolveria el conocimiento para que acudiendo á la muerte pudiera salvar su honor, ya que no habia podido salvar al hijo de sus entrañas.

Dió un paso y otro paso el hipócrita.

Sus pequeños ojos brillaron como dos luces fosfóricas.

A favor de la débil claridad del crepúsculo, contemplaba á María.

Y María no recobraba el conocimiento.

Y el miserable llegó junto á ella.

Y se arrodilló y se inclinó.

BIBLIOTECA DE DON JUAN VIVA

Porque se volvió hacia él y con acento de extraña

— Por qué me miras así? — dijo él, mirando á María

— ¿Qué tienes? — preguntó ella, mirando á él

— Nada, — respondió él, — sólo que me acordaba

de un tiempo que yo también me arrodillé y me incliné

ante una mujer que me miraba así.

— ¿Quién era? — preguntó ella.

— No sé, — respondió él, — pero me pareció

que me miraba como me miras tú ahora.

GAPITULO XVI.

EL INSTINTO DE PADRE.

Para que se comprendan las escenas tristísimas que tenemos que referir, es preciso que nos alejemos de las ruinas y vayamos en busca de Andrés.

Habia este corrido, segun dijimos ya, con el propósito de reunirse al juez; pero de repente se detuvo y miró á su alrededor.

¿Le faltaban las fuerzas?

Así se hubiera creído, y sin embargo, nunca se habia sentido tan vigoroso.

Una voz misteriosa le habia mandado interrumpir su marcha, ó lo que es igual, su instinto le decia que no era por allí por donde debia buscar á su hijo.

Miraba Andrés hácia el Carrascal, ponía la diestra sobre su pecho y decia:

— No late mi corazon.